

Stoa

Vol. 5, no. 10, 2014, pp. 105-113

ISSN 2007-1868

EL SER Y EL CRIMEN: LOS *CUADERNOS NEGROS* DE MARTIN
HEIDEGGER Y LA ESPIRITUALIZACIÓN DE LA INHUMANIDAD

VÍCTOR FARIÁS

Universidad Andrés Bello

vfarias@unab.cl

En tanto el Nacionalismo nunca puede ser el principio de una filosofía sino que siempre debe estar subordinado a una filosofía, el Nacionalismo puede ser causa de una nueva y fundamental actitud respecto al ser.
Heidegger, *Die Schwarze Hefte*.

Después de los fundamentados trabajos de Hugo Ott, Victor Farías y Emmanuel Faye que han abierto grandes y nuevas perspectivas científicas, las preguntas propuestas en torno a la publicación de los así llamados *Cuadernos Negros* de Heidegger tienen más bien el sabor de pura retórica. Porque ¿es posible, dado el estado de la investigación válida, preguntarse seriamente si el pensador era un antisemita y si debe como tal quedar o no inscrito en la historia del pensamiento filosófico, histórico y político? ¿Puede, en serio, alguien sentirse “sorprendido” si ahora, sin previo aviso por cierto, Heidegger deja “salir el gato del saco” (como solía decir con su característica delicadeza)?

Por cierto, en la actualidad cabe designar su actitud como “políticamente incorrecta”, pero la verdad es que todos estaban desde hace mucho tiempo acostumbrados a sus expresiones y actitudes toscamente campesinas. “No hemos venido a usar delicadamente la porcelana, sino a quebrar cuanto sea necesario, ¡venimos a romper y no a doblar las cosas!” decía en su discurso de 1934 a las delirantes Asociaciones

de Estudiantes de Hidelberg. “¡Usted señor es un teólogo y en tanto que tal, no está en situación de entender una sola fease de Heráclito!” le oí decir en el seminario “Heráclito y Parménides” (1967) a un sacerdote jesuita norteamericano que trataba de hacer una interpretación piadosa de uno de los fragmentos. “Nunca se puede ser lo suficientemente duro con esta gente”, me dijo al preguntarle en su casa si no había sido muy dura su respuesta. “Estos tienen una pata (*Pfote*) puesta sobre la cabeza de Tomás de Aquino y otra sobre la mía. ¡Es natural que no entiendan nada de nada!”.

Esta vez se puede, sin embargo, escuchar más cosas y más agresivas aún. Los “judíos” no sólo son aludidos por su nombre, sino simultáneamente como seres que ontológicamente no pueden ser considerados como “iguales” en su relación al Ser. En el país del Holocausto, de la Shoah, el “mayor pensador del siglo xx” humilla no sólo a algunos seres humanos de memoria dolorida, sino que agrede brutalmente a un país que, con dificultad y lentamente, ha logrado recuperar el rostro de una nación civilizada y de memoria decente. En un país que ha tratado con eficacia el rostro respecto al “otro pasado reciente”, el de la así llamada República Democrática Alemana y su cruel totalitarismo comunista, el novísimo “escándalo Heidegger” es un tremendo golpe y ello en relación al “pasado más terrible” anterior, al que nunca se podrá perdonar.

La rápida y amplia reacción de la prensa alemana e internacional no fue muy diferente a la que surgió en 1987 y en 2005 cuando, yo primero y Emmanuel Faye después, dejamos en claro algo mucho mayor que la punta del eisberg fascista y racista del pensador. Así ahora el conservador y ponderado *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (FAZ) apuntó al vecino en la hora de encontrar perjuicios: “La bomba estalló en París, la siniestra capital del más irracional culto a Heidegger”. Pero muy pronto se recuperó el buen tono que corresponde al trato de un compatriota alemán: “Yo no lo tendría en modo alguno por un antisemita” afirmó *Der Spiegel*. El progresista semanario protestante *Die Zeit* relativizó cuidadosamente el asunto: “Un desenraizamiento fundamental” era todo lo que Heidegger reprocharía a “los judíos”. Uwe Wenzel, un publicista, creyó poder hablar de un hecho meramente político: “Es un antisemitismo artificialmente elaborado”, y el *Die Zeit* volvió a insistir en “Una herencia envenenada”. *Der Spiegel*, que en su tiempo me

negó todo acceso a los textos originales de la célebre entrevista publicada póstumamente, debió confesar esta vez que el redactor jefe, Rudolf Augstein, se negó entonces a interrogar a Heidegger sobre el Holocausto por temor a que “el viejo profesor hiciera fracasar la entrevista”. Más todavía se reveló que uno de los periodistas que participaron en el diálogo, Georg Wolff, había sido oficial de las SS e incluso un alto funcionario de la Policía Política Secreta (SD) (L.Hachmeister en *SWF*). *Die Zeit* estuvo entonces en condición de proclamar con entusiasmo que “Heidegger se distanció en *Los Cuadernos Negros* de su discurso de 1933” Silvio Vietta, el dueño de los manuscritos llegó entonces a decir sin reparos: “En mi *Cuaderno Negro* no hay ni una sola frase contra los judíos, ni una sola palabra antisemita”. (*Die Zeit* 30.1.2014) Es característico que Vietta ni siquiera pudo (o quiso) percibir el lenguaje extremadamente agresivo de Heidegger. Su muy valiosa mercancía debía conservar una apariencia aséptica para no echar a perder la gran demanda. El heideggeriano más fundamentalista, Francois Fedier, pudo afirmar que los ataques a Heidegger “estaban dirigidos al falso sospechoso” porque “el pensador no pudo percibir que su juicio sobre el Judaísmo y ‘los judíos’ eran algo monstruoso”. Cuál es la razón de este impedimento, Fedier no la nombra. Los amigos norteamericanos pudieron formular una pregunta higiénica e ingenua: “¿Está Heidegger contaminado de nazismo?” (*The New Yorker*). El progresista periódico español *El País* se permitió incluso hablar de un “Heidegger privado”. El profesor Trawny, el encargado por la familia Heidegger para elaborar la edición formuló la absolutamente impresentable e infundada hipótesis de que “Heidegger quizá (*sic*) quiso con estos cuadernos mostrar hasta qué extremo una decisión filosófica puede perder el rumbo. . .” En su libro sobre Heidegger y los judíos, Trawny pone como conclusión de su estudio que con los *Cuadernos Negros* “el pensamiento de Heidegger nos pone frente a un enigma”. Como si más bien no nos hubiese puesto frente a una evidencia vergonzosa.

Cosas muy semejantes se pudieron leer en la prensa alemana, francesa, norteamericana y otros países. Hugo Ott, y antes que él el valeroso Guido Schneeberger, entre otros, documentaron que ya en 1933 había denunciado y entregado a la GESTAPO a prominentes colegas suyos en Freiburg. Yo había documentado que el joven seminarista jesuita Martin Heidegger ya en 1910 proclamaba al más célebre predi-

gador antisemita austriaco, el monje agustino Abraham a Sancta Clara como “un ejemplo para el pueblo” y con él, también al alcalde de Viena, Lueger, quien había financiado un monumento para el clérigo en Messkirch, el lugar de nacimiento de Abraham y de Heidegger. Adolf Hitler revelaba años más tarde en *Mein Kampf* que él, en su juventud, había sentido que Lueger “era un antisemita demasiado extremo”. Demostré además que Heidegger antes de la así llamada “Machtergreifung”, la toma del poder de los nazis, con el grupo más duro de los nazis (Rosenberg, Bäumler, Krieck) había formado una Asociación de Profesores Universitarios en la sombra que debía asumir todo el poder rebasando la otra asociación de inspiración conservadora, una vez arribados al gobierno. En ese contexto encontré incluso un telegrama enviado por Heidegger a Hitler exigiéndole “mano más dura” con los profesores conservadores que se sumaban como oportunistas al “movimiento”. Se documentó que el Rektor-Führer persiguió duramente a las asociaciones de estudiantes judíos, entregando a estudiantes judíos a la policía de Freiburg y encubriendo atentados de las SA a instituciones hebreas. En las actas de la Escuela de Patología de la Facultad de Medicina de su Universidad, encontré un discurso del rector Heidegger en que legitima la eutanasia nazi fundándose en el concepto de “salud tal como lo define la nueva Alemania bajo conducción de nuestro Führer”. Martin Heidegger, a petición ministerial expresa, delineó todo un modelo creando una “Dozenten-Akademie” para formar según los parámetros de la más ortodoxa ideología nazi a los Docentes, esto es, a los jóvenes que se iban a incorporar a la enseñanza universitaria. Como el primer Rector Führer y *leader* de la muy radical Federación de Estudiantes Alemanes, introdujo el obligatorio “Saludo-Hitler” (*Heil Hitler!*) al comenzar y terminar las clases y al saludarse en oficinas, corredores, etc. Lo mantuvo al iniciar y terminar sus clases aún bajo protesta de algunos estudiantes. Yo estaba en Freiburg cuando Paul Celan visitó la ciudad en 1967 y leyó de su obra en la repleta Aula Magna, con Heidegger y su mujer sentados en la primera fila. Y supe —como todos— que pese a convivir con él unas horas en la cabaña de Todtnauberg y luego de haber leído textos de los padres de Celan escritos en los campos de exterminio, se negó a “escribir una palabra” condenando el Holocausto. “Celan está enfermo”, comentó Heidegger poco más tarde a H.G.Gadamer. En ese mismo tiempo supe, por

Rainer Marten, el mejor de sus alumnos y colaborador por más de 15 años, que Heidegger hacia 1967 comentaba en tono reprobatorio “el hecho de que sean todavía muchos los judíos que enseñan filosofía en Alemania”. Cuando Emmanuel Faye hizo el muy trascendental descubrimiento de los textos en que Heidegger explicaba filosóficamente conceptos fundamentales del nazismo y los publicó en 2005 ya nadie debía poder seguir hablando de una distinción entre “la persona” y “la obra”, de Filosofía y Biografía política, de “flirts momentáneos” de Heidegger y los nazis, tampoco de un “nazismo de la Selva Negra”.

Los ataques a Faye llegaron al paroxismo e incluso a una terminología más que sospechosa: “Faye piensa y escribe como lo hace alguien con espuma en la boca”, dijo un publicista alemán.

Pese a todo esto me parece aconsejable plantearse la pregunta acerca de cómo puede alguien, tras 1987 y 2005, sentirse “asombrado” o “estupefacto” y “sin palabras”, entender como un verdadero “escándalo” el hecho que Heidegger ahora ponga de manifiesto sus ideas y sentimientos agresivamente antisemitas. Como un pensador que no tiene escrúpulos —ni nivel científico— en utilizar el panfleto (redactado por la policía del Zar) y falsamente atribuidos a los así llamados Sabios de Sión en que se revelarían los planes “judíos” para hacerse del poder en toda la tierra. Era también la época en que le confesaba a Karl Jaspers su convicción de la existencia de una “internacional judía” y en que ante el escepticismo de Jaspers sobre la capacidad de Hitler para “conducir el Reich” él simplemente le recomendó no reparar en ello y que sólo debía “¡contemplar las maravillosas manos del Führer!”. A sabiendas de todo eso ¿puede alguien en 2014 todavía siquiera pensar que con este curriculum filosófico, espiritual y político, el pensador podría haber sido otra cosa que un antisemita radical?

Aun así varias preguntas se agolpan ante la publicación de *Los Cuadernos Negros* ¿Qué significa el hecho que Martin Heidegger escribiera esta suerte de diario de vida político-espiritual en todo este tiempo? Desde luego su muy obsesiva preocupación por el acontecer político, pero ello no es suficiente para entender que haya dejado estos textos y además la disposición para su publicación, como una suerte de “coronación” (*Die Zeit*) de su faraónica *Obra Completa* en cien volúmenes. ¿Es una ingenuidad o una muy abierta provocación? Porque en ningún caso el podía dejar de haber pensado que su obra póstuma debía ser

recibida por una humanidad que considera y considerará la *Shoah* como el crimen más siniestro e irracionable de la historia. Con este acto y estos textos Heidegger se puso a sí mismo bajo una luz que hará aparecer como ridículos y desubicados incluso a los heideggerianos de la más estricta observancia.

En 1936 en sus clases sobre “Introducción a la Metafísica” Heidegger se planteaba la tarea de “espiritualizar” la doctrina que define “la salud del cuerpo” (el racismo nazi) y “el valor de la espada” (la agresión militar) a fin de recuperar y salvar “la verdad interior y la verdad del nazismo” vulgarizada por los ingenuos biólogos o políticos sin rango (Rosenberg, Bäumler, Krieck) y de los falsos, engañosos Führer que en su revisionismo dejaban de lado el populismo nazi extremo de Heidegger y las SA. Los *Cuadernos Negros* reproducen, a veces casi literalmente, mi tesis politológica fundamental de 1987, a saber, la mutación filo-populista de Heidegger al ver que la “verdadera Revolución del Socialismo Alemán” era traicionada y reemplazada por un socialismo de Estado con ingerencia del gran capital monopólico, “judío” por tanto. Los “judíos” son, para *Los Cuadernos Negros* seres “carentes de raíces”, carentes de “mundo propio”, falsos que ni siquiera tienen acceso a la nada, a su propia nada: “La nada no se puede redimir obteniendo una falsa seguridad obtenida de un ingenio carente de raíces”. Los “judíos” son esencialmente entes “calculadores”, esto es, incapaces de tener acceso a lo profundo, lo que no está en el horizonte de lo esencial. Lo que nunca puede ser alcanzado en artilugios de la razón desvinculada de la sangre y el suelo. Son en sí mismos seres calculadores y por ello no sólo son algo falso, sino que, dado su poderío, son algo muy peligroso, algo que amenaza las raíces mismas del espíritu, la cultura y la vida política del mundo. Están en el mundo para desplegar su actividad fundamental: los “arreglos”, las “componendas” (*Machenschaften*). La ratio —según Heidegger “un término inventado por los mercaderes venecianos”— es su herramienta más creadora y fecunda y por ello es más que peligroso que toda la cultura, la ciencia y la política occidental estén fundadas en ella. El fundamento de toda nuestra cultura es, por tanto, algo en permanente estado de descomposición, artero y falso, algo que impone la necesidad de la destrucción. Es lo que lleva a Martin Heidegger a formular “la frase más siniestra que filósofo alguno haya escrito” (*Rainer Marten*).

El mundo masificadio, sin raíces, judaizado, “no ha tenido todavía la decencia de encontrar un medio de autoeliminarse lo antes posible” (*Beiträge*) o como lo escribió en *Los Cuadernos Negros*: “no tiene este mundo aún a disposición la fórmula para hacerse saltar a sí mismo por los aires y hacer desaparecer todo vestigio de los humanos”.

Esto, sin embargo no es sólo una palabra de Heidegger. En mis investigaciones en el Document Center (ahora Bundesarchiv) encontré un acta en que se documentaba una visita de Max Planck a Hitler en la que el físico pedía se reconsiderara la resolución de quitar la nacionalidad alemana al profesor Albert Einstein y a la mayor parte de sus asistentes expulsándolo —de facto— del Reich. “Mein Führer, si el profesor Einstein y sus ayudantes abandonan Alemania, la física alemana volverá a la Edad de Piedra y, por las consecuencias militares (la energía atómica VF), toda Europa podría ser llevada a una real Edad de Piedra”. Respuesta de Hitler: “Eso todo es mi responsabilidad. ¡Prefiero una física y una Europa en la Edad de Piedra sin judíos que todo lo infectado por judíos!” Francois Lyotard afirmó en su obra *Heidegger et “les juifs”* que los nazis habían desencadenado la Guerra Mundial como una suerte de entorno bullicioso para ocultar con él el exterminio de los judíos realizado en el centro silencioso. Para Martin Heidegger y sus cuadernos en cambio, la guerra no tenía una función subsidiaria. Ella era un momento “de la más secreta misión racial (*völkisch*) alemana para poder articularse en un gran inicio” histórico. Incluso se alegra Heidegger de la llegada de la “incomparable hora mundial en cuyo espacio agresivo debe resonar la filosofía alemana”. “Es una voluntad racial que emerge soberbiamente en medio de un mundo en tinieblas” “Lo decisivo conserva toda su vigencia, a saber, que las decisiones histórico-espirituales y los estados de ánimo esenciales (*Grundstimmungen*) sean al mismo tiempo tan originarias y claras que logren imponer una verdadera transformación de los seres humanos. Para ello es absolutamente necesario que el Nacionalsocialismo permanezca en estado de Lucha, con la actitud de lo que debe imponerse y no sólo en un afán de ‘expansión’, ‘crecer’ y autoafirmarse. ¿Dónde está el enemigo y cuál es su naturaleza? ¿Adónde debemos atacar? ¿Con qué armas?”

Para los *Cuadernos Negros* los judíos no son solamente algo en sí “falso” y “tramposo”. Lo son también en su táctica histórica. Son en realidad racistas porque nadie como ellos conservan “la pureza de sangre”,

pero a la vez lo ocultan convirtiendo “la igualdad de todos los seres humanos” en doctrina de validez universal. Para pasar desapercibidos como algo diferente en sus planes conspirativos a fin de hacerse del control del mundo. Los *Cuadernos Negros* distinguen así a los “racistas perversos” (los judíos) de los racistas que fundamentan su praxis antisemita abierta y con razones verdaderas (los nazis). Los nazis aparecen entonces como agentes históricos que actúan en una suerte de autodefensa. Los “judíos” no son por tanto ciertamente una “raza superior” ni tampoco una raza inferior que, para su propio bien, debe ser esclavizada. Son una suerte de bacteria peligrosa y amenazante que debe ser exterminada.

¿Qué puede, además, significar la publicación de los *Cuadernos Negros* para su legado y la función de su obra en el mundo? Heidegger siempre se admiraba de la corta descripción que Aristóteles hacía de su vida: “Nació, trabajó y murió”. ¿Para qué y por qué entonces esta publicación suya que redefine brutalmente el espacio desde su nacimiento hasta su muerte y hasta mucho más allá de ella? ¿Puede fundamentarse el acto mismo de la estricta disposición para su publicación con su conceptualidad filosófica?

En una de mis muy fructíferas conversaciones con Martin Heidegger le pregunté por el sentido y la significación de la muerte en la Analítica del *Dasein*. Le dije que yo no podía entender su significación como la de una instancia amenazante y ello para un existente tembloroso —“como un Hamlet calavera en mano” le dije. No es un fenómeno que le acontece a un *Yo* solipsista. “Exacto —respondió con entusiasmo—, no se trata en absoluto de ‘la Muerte’, dijo, sino del ‘poder estar ante la muerte’ (*Sterben-können*), un habérselas con el *Sterben* (con el morir), de una actitud ante y para con el fin”. En ella el existente adquiere conciencia de la finitud y, en último término de la temporalidad y el tiempo como el horizonte fundamental. Sartre no entendió absolutamente nada cuando tradujo el “Sein-zum-Tode” por el “Etre-pour-la-norte”. No se trata de ningún “pour” (= *für*) sino de un “zu” (= *de cara*). Los alemanes tienen una expresión ilustrativa para esta función verbal. “Ich kann schwimmen” = yo nado (= yo puedo el nadar, ejerzo el acto), “Ich kann Deutsch” = “yo hablo alemán”. Se trata de “encarar”, podérselas con la muerte. Ese es el sentido más estricto de la muerte en *Ser y Tiempo*, asumir la propia temporalidad en tanto fini-

ta. En los §74 y 77 Heidegger concretiza el concepto al caracterizar la posibilidad de un existente colectivo auténtico. Un colectivo (“el Pueblo”= “das Volk”) es auténtico y verdaderamente sí mismo cuando asume su existencia histórica en la “Lucha” (= “Kampf”) y lucha ante la posibilidad real de su morir incorporando a su presente en lucha la vigencia de sus “Héroes” (= “Helden”) y los sitúa, en el presente, como las figuras paradigmáticas que deben orientar su quehacer y en el futuro como la tarea a realizar. Vivir según el modelo del “Héroe”. Gestar así su “Destino” (*Schicksal*) y su “Misión” (*Sendung*) sin importarle lo que el parloteo (*Gerede*) de la opinión pública (*Öffentliche Meinung*) que es solamente un humo superfluo e insignificante. El Estado tiene incluso como “una voluntad pedagógica, la neutralización de la opinión pública” (*Dilthey, Yorck en Ser y Tiempo*). Creo que es desde esta perspectiva, que Heidegger mantuvo toda su vida, que se debe entender esta publicación. Cuando quería referirse a asuntos superficiales solía aludir a los “periodistas”. “No me pregunte por Spengler, me dijo un día. Habrá notado que en esta casa no hay periódicos. . .” El nombre de los diarios *Zeitung*, le ofuscaba mucho. Con su actitud en el caso de los *Cuadernos*, Heidegger alcanza su más radical e intencionada isolación. Rompe definitivamente con la “opinión pública” y el *common sense*. Unamuno solía decir que “el sentido común no es el más común de los sentidos”. Heidegger afirma, en cambio, que el sentido común es el único que tiene y puede tener el común de los hombres y que, precisamente por eso, carece de todo valor.

Heidegger solía decir que él no pensaba ni vivía según el tiempo de los relojes y los calendarios. Sólo el pensar en “las grandes variaciones del tiempo da acceso a lo esencial” (*Warum wir in der Provinz bleiben*). Cuando realizaba hacia 1968 sus lecturas y grabaciones de *Wenn am Feiertage* de Hölderlin para la Deutsche Grammophon Gesellschaft, en una pausa le preguntó a uno de los técnicos: “¿Cuánto tiempo duran las matrices de estas grabaciones?” Con exactitud alemana el técnico le respondió: “Doscientos años, Herr Professor”. Heidegger comentó, casi extrañado, “¿Realmente tan poco tiempo?” Heidegger se entendía a sí mismo *sub specie aeternitatis*. Es seguro que así escribió, pensó y escenificó esta edición. Como un irrenunciable momento de la *Historia del Ser*. Como una irrupción, sin embargo, que debía convertirse en el fundamento de la más radical inhumanidad. En el Ser del Crimen.